

PALMER, David Scott. *Perú, The Authoritarian Tradition*; Praeger Publishers, New York, 1980. 134 págs.

PHILIP, George D.E. *The Rise and Fall of the Peruvian Military Radicals, 1968-1976*. The Athlone Press of the University of London, 1978. 178 págs.

La revolución peruana sigue siendo un tema controvertido entre los estudiosos de América Latina. La Primera Fase inspiró la publicación de una plétora de estudios sobre el famoso "experimento peruano", y recientemente han comenzado a aparecer distintos estudios y análisis de la "Segunda Fase". Un defecto evidente de muchas de las obras sobre la Primera Fase, escritas al calor del mismo proceso, fue la exagerada importancia que dieron al gobierno militar de Velasco, que presentaban con frecuencia como la culminación de toda la historia anterior. Al mismo tiempo, estas obras vibraban con un entusiasmo casi ingenuo en su creencia de que, por fin, una verdadera revolución estaba sucediendo en aquella nación donde, desde Mariátegui y el joven Haya de la Torre, la palabra "revolución" se había convertido en un término casi cúltico en los círculos universitarios e intelectuales. En cambio, la tendencia entre algunos autores ha sido lamentar el proceso post-velasquista como una liquidación total de las reformas realizadas entre 1968-75. La literatura en torno a la Segunda Fase ha sido, más bien, pesimista: con el desmantelamiento de muchas de las reformas de los militares, ¿qué ha ganado el Perú al regresar a la democracia formal en 1980?

Sin embargo, últimamente han aparecido otros estudios, más equilibrados y con enfoques más amplios y optimistas acerca del proceso revolucionario en su conjunto. Dos ejemplos de ellos son una breve historia del Perú por David Scott Palmer y un estudio del gobierno militar hasta el año 1976 por George D. E. Philip. Aunque el libro de Palmer abarca toda la historia del Perú con énfasis en el período republicano, es evidente que la perspectiva desde la cual escribió fue la Revolución de los militares. Palmer, conocedor del Perú, actualmente ocupa el cargo de Chairman de los Estudios Latinoamericanos del "Foreign Service Institute" del Departamento del Estado (EEUU) y es profesor en la Universidad de Johns Hopkins. En su obra, plantea la tesis de que el gobierno militar reformista y su supuesto fracaso sólo puede entenderse dentro del contexto de toda la historia del Perú. Existe, dice el autor, una tradición centralista y autoritaria, desde los Incas hasta la oligarquía, que ha condicionado profundamente los po-

sibles caminos de desarrollo que el país podría haber escogido históricamente. El Perú fue uno de los puntos claves de un gran imperio centralista. Este hecho en sí explica porqué el Perú, igual que México, no pudo liberarse del caudillismo militar sino hasta muy avanzado el siglo XIX, a diferencia de Argentina, Chile y otras partes de América Latina, que habían sido más periféricas en el imperio español. Además, la tradición liberal-democrática fue muy tenue en todo el mundo luso-hispánico.

Por lo tanto, la historia de toda América Latina, y la del Perú, se puede concebir mejor como un lento proceso de “zig-zag”: cada período autoritario es seguido por otro que es más bien liberal-progresista, y después, el autoritarismo vuelve a reimplantarse. Así, después de 50 años del caudillismo vino la breve época del primer civilismo, que a su vez fue seguida por un segundo militarismo después de la Guerra con Chile. La oligarquía y el Oncenio representaron un retorno a la tradición liberal, pero en 1930 la “República Aristocrática” fue interrumpida por otro ciclo autoritario bajo los regímenes militares de Sánchez Cerro y Benavides.

Una de las facetas más interesantes de la obra de Palmer es la presentación de 42 cuadros estadísticos y de otros tipos de índices con el fin de documentar, casi cuantitativamente, la lenta transformación del Perú desde la Independencia en comparación con otras naciones de América Latina, sobre todo a base de variables tales como el grado de participación política, la dependencia económica, la fuerza de los sindicatos, la incidencia de gobiernos autoritarios, etc.

A la luz de estos cuadros y del planteamiento general del autor, se puede comprender por qué el experimento reformista de Velasco representó una novedad, pues intentó combinar, en un solo proceso, y al mismo tiempo, las dos tradiciones: el liberalismo (se entiende por eso, el deseo de fomentar el progreso social) y el autoritarismo. Desde esta perspectiva más panorámica, la Segunda Fase significó, no una detención total de la Primera Fase, sino un período de “descanso” después de lo que fue un experimento demasiado ambicioso, dada la inmensidad de los problemas del Perú. De esta manera, el autor pone de relieve lo que él cree fueron los logros permanentes de los 12 años de gobierno militar: el fortalecimiento del Estado, el ensanchamiento de la participación de las clases populares, la liquidación de la oligarquía tradicional, la internacionalización de la política exterior peruana, etc.

El gran valor de esta obra es el intento que hace el autor de presentar

una visión orgánica de toda la historia peruana, la que, a su vez, ayudará al lector a tener un juicio más equilibrado acerca del último régimen militar. A manera de crítica, pensamos que el autor cae en algunas generalizaciones simplistas al relacionar demasiado estrechamente el concepto de la posición autoritaria con la teoría de la dependencia. Según su tesis, las tradiciones autoritarias más empedernidas y persistentes se encuentran justamente donde se concentró el poder en el Nuevo Mundo. Por eso, sociedades como el Perú, Bolivia y México demoraron más tiempo en el siglo XIX para liberarse del caudillismo, mientras las naciones periféricas, Argentina, Chile, Uruguay y otras, lograron establecer sistemas democráticos relativamente temprano. Sin embargo, la historia de la segunda parte del siglo XX nos hace cuestionar esta tesis. Hoy, las sociedades periféricas se encuentran entre los ejemplos más notables de regímenes represivos. Esto no quiere decir que el Perú haya pasado al otro extremo, libre para siempre del autoritarismo. Más bien, sugiere la necesidad de modificar el esquema para mostrar que el autoritarismo es un patrón en Toda América Latina y que, en realidad, la geografía sólo ha servido para desplazar el momento del enfrentamiento con la tradición autoritaria en las sociedades periféricas, no para eliminarla, ni siquiera para suavizarla.

Pero la pregunta clave que hace el lector frente a la tesis de Palmer es, ¿volverá a implantarse un régimen autoritario en el Perú en el futuro? La misma tesis parece sugerir que, dada la historia del Perú, ésta ciertamente es una posibilidad. Pero, dado el verdadero progreso que se dio en el pasado gobierno militar, también puede uno comenzar a abrigar la esperanza de que los regímenes autoritarios vengán a ser cada vez más, meros paréntesis en una historia que parece estar encaminada hacia una democracia real y definitiva.

En contraste con esta visión panorámica de la historia que nos presenta Palmer, George Philip trata, directa y principalmente, del régimen militar de Velasco y del comienzo de la Segunda Fase. El autor es científico político, especialista en América Latina, y profesor en la London School of Economics. El gran mérito de su historia es el análisis que hace de los militares que tomaron el poder en 1968, y de la crisis institucional que ellos experimentaron, a medida que la revolución se iba radicalizando. Hasta ahora, la gran mayoría de las obras sobre el proceso peruano ha resaltado los aspectos ideológicos y las reformas y su impacto sobre la sociedad peruana. Pero pocas han estudiado en profundidad a los mismos militares. En este sentido, esta obra de Philip ofrece enfoques y perspectivas realmente originales acerca de la así llamada revolución peruana, porque penetra en el seno mismo del gobierno militar, destacando las diversas tendencias y rivalidades que caracterizaron a los hombres uniformados en el poder.

Philip muestra cómo en un principio Velasco logró unir bajo una sola bandera nacionalista (oposición a la IPC) a muchos militares de distintas orientaciones ideológicas: los “radicales” (el propio Velasco, Fernández Maldonado, Rodríguez Figueroa), y los “desarrollistas” (Montagne, Mercado Jarrín y más tarde, Morales Bermúdez), y los “conservadores” (Benavides, Valdivia y, más tarde, Vargas Caballero). La necesidad de institucionalizar lo que fue en realidad un mero golpe militar explica la presencia de semejante mezcla durante los primeros meses del gobierno de Velasco.

Según el autor, los años decisivos fueron 1973-75 cuando los “radicales” lograron predominar y comenzaron a plantear la posibilidad de realizar una verdadera revolución. Una vez realizada la reforma agraria (1969), medida que todo el mundo había esperado y aprobado, los militares terminaron la parte distributiva de la revolución. Con la Ley de Industrias (1970) y la de la Propiedad Social (1974) comenzaron también a redistribuir el poder económico. Pero, en los años 1973-75, cuando era evidente que ya no podía distribuirse nada más sin incursionar en los ingresos de las clases medias, surgieron las primeras distensiones entre los mismos militares. Los “conservadores” ya habían sido marginados, y los desarrollistas quedaban a la expectativa. Mientras tanto, los radicales tomaron la iniciativa, nacionalizando nueve empresas norteamericanas, expropiando la prensa (1974), y tomando otras medidas.

Sin embargo, la enfermedad de Velasco precipitó la crisis entre los dos bandos, sobre todo por la cuestión de sucesión. La crisis económica, la expropiación de la prensa, la hostilidad de la Marina, el aumento del antagonismo popular: todo ésto empujó a los desarrollistas (o “moderados”) a deponer a Velasco en agosto de 1975. Los radicales que permanecieron en el poder aceptaron a Morales Bermúdez como una alternativa a Mercado Jarrín, que en una ocasión anterior había sido propuesto para dar un golpe durante la enfermedad de Velasco. El autor también analiza el dilema que tuvieron que enfrentar los radicales, y por fin, su fracaso. En el comienzo, ellos habían suscitado muchas expectativas populares; luego, intentaron utilizarlas, pero de una manera inadecuada (SINA—MOS), y por fin, acabaron reprimiendo a las mismas clases populares (el 5 de febrero de 1975 y otros incidentes).

Tres preguntas básicas orientaron las investigaciones del autor: ¿cómo llegó al poder en 1968 un gobierno militar reformista?; ¿qué clase de unidad hay entre los militares?; ¿es viable el radicalismo militar? En cuanto a la primera, Philip señala que los militares en 1968 llenaron un vacío: el de una Izquierda nacionalista capaz de realizar las reformas que los civiles (APRA—AP) habían prometido pero que no habían cumplido. En cuanto a la segunda, el investigador

británico nota que cada vez más se hacía difícil mantener la unidad entre los militares, a medida que el proceso tomó un camino más radical, sobre todo cuando comenzó a pasar de un mero nacionalismo hacia un socialismo nacionalista. Y por fin, concluye Philip, el radicalismo militar es muy difícil de mantener por mucho tiempo porque cualquier intento de parte de los militares de compartir el poder con otros grupos compromete la independencia de las Fuerzas Armadas y amenaza la cohesión interna de la institución.

En resumen, estas dos obras, de Palmer y de Philip, representan dos de los estudios más recientes e interesantes realizados por extranjeros sobre el último gobierno militar. La de Palmer enfoca aquel experimento dentro del contexto más amplio de toda la historia peruana y analiza las circunstancias y tradiciones que condicionaron el proceso revolucionario de los años '60 y '70; la de Philip profundiza en el mismo proceso, con énfasis en la actuación de los mismos militares. Ambas constituyen un aporte valioso a la creciente literatura en torno al debate sobre la naturaleza y el significado histórico del régimen militar que gobernó el Perú entre 1968-1980.

Jeffrey Klaiber, S.J.